

En resumen, nos hallamos ante una obra sólida, completa y de alta calidad científica. El tratado del profesor Labandeira está, sin duda, llamado a convertirse en punto de referencia y lugar de consulta obligado de todo canonista, ya que el conocimiento en profundidad

de la estructura y ejercicio de la potestad eclesiástica de gobierno, así como de su atribución, manifestaciones y límites, forma parte imprescindible del bagaje de quienes profesan la ciencia canónica.

JORGE MIRAS

### MANUALES DE DERECHO CANONICO

*Manual de Derecho Canónico*, a cargo del Instituto Martín de Azpilcueta. EUNSA. Pamplona 1988, 1 vol. de 803 págs.

Desde la promulgación del Código en 1983 han sido varios los intentos por ofrecer una exposición global de la vigente normativa. En castellano, se contaba hasta ahora con la visión parcial —desgraciadamente— de las Lecciones del profesor Lombardía, algunos manuales de tipo universitario y el compendio de Piñero siguiendo la tradicional línea de ir desmenuzando canon por canon. De todas formas, en total, pocas son las obras publicadas en castellano que contengan esa visión de conjunto del vigente Código. Por ello, auguro a este *Manual de Derecho Canónico* una excelente acogida, tanto por la contribución que supone en el campo del estudio del Derecho Canónico, como —sobre todo— por la indudable calidad de la misma obra.

En efecto, el Instituto Martín de Azpilcueta, en estrecha conexión con la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, ya nos tiene acostumbrados a que las obras de conjunto publicadas bajo sus auspicios (por ejemplo, la edición comentada del Código de Derecho Canónico) cuenten con

un alto nivel técnico tanto científico como de confección, sabiendo conjugar las propias y personales cualidades —idiosincrasia— de cada autor, con la necesaria unidad que deben tener las obras de este tipo. Pues bien, el *Manual de Derecho Canónico* es un fiel heredero y continuador de este estilo tan propio de las publicaciones del Instituto Martín de Azpilcueta.

La labor de conjunción, meritoria a todas luces, se debe esta vez al trabajo del profesor Joaquín Calvo-Alvarez. Gracias a su eficaz coordinación se han podido respetar exquisitamente las cualidades de cada autor, al tiempo que se evitaba un resultado general de simple yuxtaposición de distintos trabajos. Este ha sido el reto con el que se ha enfrentado el coordinador y del que, pensamos, ha salido victorioso, después de cuatro largos años de trabajo.

Por lo que se refiere a la parte científica, el lector encontrará una visión amplia, bien lograda y *aggiornata* del Derecho Canónico, que se aleja de los simples comentarios a cada canon del Código para intentar —consiguiéndolo,

a mi parecer— una verdadera labor de sistematización y profundización teórica, dentro de los márgenes y las perspectivas en las que el *Manual* está concebido; que, en palabras del profesor Molano, son las siguientes: «este volumen está destinado principalmente a alumnos no iniciados en el estudio del Derecho canónico y que necesitan de una formación elemental que les proporcione una visión global de los sectores más importantes del Derecho de la Iglesia (...). Y quizá no sea demasiado optimista pensar que este trabajo le puede interesar incluso al especialista en Ciencias Eclesiásticas, o al profesional de la Ciencia Jurídica, que quiera encontrar un resumen o una síntesis que pueda permitirle una rápida visión de una determinada institución canónica» (p. 23).

El manual se divide en trece capítulos, e integra, al final de cada uno, la bibliografía de referencia donde pueden ampliarse las cuestiones allí tratadas. Los capítulos y autores correspondientes son:

Cap. I — Iglesia y Derecho (pp. 29-49), Joaquín Calvo-Alvarez.

Cap. II — Formación histórica del Derecho Canónico (pp. 51-111), Eloy Tejero.

Cap. III — El Pueblo de Dios (pp. 113-150), Juan Ignacio Arrieta.

Cap. IV — Los sujetos del ordenamiento canónico (pp. 151-228), Javier Ferrer-Ortiz y Tomás Rincón.

Cap. V — Normas y actos jurídicos (pp. 229-290), Javier Otaduy y Eduardo Labandeira.

Cap. VI — Organización jerárquica de la Iglesia (pp. 291-371), José Luis Gutiérrez.

Cap. VII — La función de enseñar (pp. 373-404), José Antonio Fuentes Alonso.

Cap. VIII — Disciplina canónica del culto divino (pp. 405-548), Tomás Rincón.

Cap. IX — El sacramento del matrimonio (Derecho matrimonial) (pp. 549-643), Juan Fornés.

Cap. X — Bienes temporales y misión de la Iglesia (pp. 645-676), José Tomás Martín de Agar.

Cap. XI — Los delitos y las penas canónicas (pp. 677-717), Angel Marzoa.

Cap. XII — La tutela de los derechos de la Iglesia (pp. 719-764), Carlos de Diego-Lora y Eduardo Labandeira.

Cap. XIII — La Iglesia y la comunidad política (pp. 765-803), Pedro Lombardía y Javier Otaduy.

Sin entrar en mayores determinaciones, destacaremos algunos aspectos que nos parecen de mayor interés, teniendo en cuenta la nueva perspectiva que nos ofrece el Código de 1983 en la línea de la eclesiología conciliar. Se trata, por tanto, de unos esbozos, sin pretensión de exhaustividad.

En el cap. III, el profesor Arrieta muestra cómo los sacramentos estructuran la Iglesia. Y más concretamente, cómo el sacramento del orden la estructura jerárquicamente en Pueblo sacerdotal surgido del bautismo. Al mismo tiempo, establece una intrínseca ordenación mutua de los dos sacerdocios —ministerial y común— esencialmente distintos. Dentro de la sociedad visible de la Iglesia, la estructuración del Pueblo de Dios coincide exactamente con la estructuración orgánica de esa sociedad.

Alude aquí al sacerdocio común de todos los fieles, sin poner claramente el acento sobre esa realidad —importante para una recta comprensión de la igualdad de todos los bautizados—, y de las obligaciones y derechos que de ella dimanar.

Por eso, «cualquiera de las formas organizativas que —a nivel universal o particular— adopte el Pueblo de Dios para manifestarse externamente en forma organizada —diócesis, vicariatos, prelaturas (cf. cc. 368, 372 § 2, 294)—, por necesidad intrínseca de la propia constitución de la Iglesia, manifestará de un modo o de otro esa ordenación sacerdotal del Pueblo, que 'coincide' con los elementos básicos que ordenan socialmente a cada una de tales estructuras».

Por haberse tratado de la común condición del fiel y de los derechos fundamentales en el mismo cap., se estudia en el cap. IV la incidencia del principio de variedad en la condición jurídica de los fieles, que se manifiesta de modo particular a través del principio jerárquico. Del juego entre el principio jerárquico y las particulares formas de vida estable que pueden adoptar, los fieles se distinguen en: clérigos seculares, fieles comprometidos a seguir la *vida consagrada*, miembros de sociedades de vida apostólica —en estos dos últimos tipos, ya se trate de clérigos o no—, y simples laicos o fieles corrientes, cada uno con su correspondiente estatuto jurídico peculiar. Esta clasificación, realizada por el profesor Ferrer-Ortíz, nos parece muy clara y acertada. Igualmente acertada es la distinción entre los derechos y deberes de los laicos, de lo que sólo son capacidades.

El profesor Labandeira define, en el capítulo siguiente, la *potestad ejecutiva* como aquella parte de la potestad de

gobierno que comprende todo lo que no pertenece a la potestad judicial ni a la legislativa, y que —subordinada a esta última— cumple los fines de la Iglesia por procedimientos propios.

En el estudio de la organización jerárquica de la Iglesia —cap. VI—, el profesor José Luis Gutiérrez subraya tanto la existencia de la Iglesia universal como de las Iglesias particulares, y también la función del Papa como principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de toda la Iglesia. El misterio de la Iglesia abarca tanto la Iglesia universal, entendida en su totalidad, como en su dimensión particular. En la Iglesia particular —en todas y cada una de ellas— está verdaderamente presente y actúa la Iglesia universal. Asimismo, la Iglesia universal existe no sólo *in*, sino también *ex Ecclesiis particularibus*. Se desprende de todo ello que no puede entenderse la Iglesia particular primariamente en función de su particularidad: lo peculiar y propio adquiere valor y significado en cuanto que se inserta armónicamente en la unidad católica de la Iglesia.

Muy sugestivo es el orden de presentación de la Iglesia en su dimensión particular: a) la diócesis; y b) otras estructuras jerárquicas en las que se realiza la dimensión particular de la Iglesia; para estas últimas se acude a la equiparación *in iure*, sin que ello implique identidad substancial entre las diversas instituciones de que se trate, sino sólo una analogía real entre ellas, que fundamenta la legitimidad de la equiparación.

Como parte de la función de enseñar, se nos proporcionan unas interesantes consideraciones acerca del movimiento ecuménico, remontándose a los Concilios unionistas de Lyon y Florencia. La «communio in sacris» ocupa un

lugar destacado en la primera parte del cap. VIII, donde el profesor Rincón trata de cuestiones generales. Al hablar de la «relación entre fe y culto cristiano», el mismo autor destaca, en palabras del Concilio, que los sacramentos «no sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, robustecen y expresan por medio de palabras y cosas», y recuerda oportunamente la diferencia entre el efecto *ex opere operato* y el *ex opere operantis* que producen.

Respecto de los fines del matrimonio, el profesor Fornés estudia el c. 1055 § 1 del Código, relacionándolo con el Magisterio más reciente de la Iglesia, y deduce: a) que los fines del matrimonio pueden formularse diciendo que éste está ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole; b) que estos fines están relacionados y jerarquizados entre sí conforme a la distinción clásica fin primario-fin secundario, si bien no se encuentra expresada tan nítidamente en la norma codicial; c) por consiguiente, no se puede excluir ninguno de ellos en el pacto conyugal: el matrimonio, en ese caso, sería nulo.

El derecho de la Iglesia a poseer y administrar bienes temporales con independencia, se deduce de la libertad que debe gozar para el cumplimiento de sus fines. En consecuencia, los fieles tienen derecho —frente al Estado— y deber —ante la Iglesia— de contribuir con sus bienes a la necesidad del Pueblo de Dios. La jerarquía puede concretar dicho deber en determinados casos, al tiempo que se reconoce a los fieles una amplia libertad y responsabilidad para, individual o colectivamente, promover iniciativas dirigidas a fomen-

tar y sostener actividades que contribuyan a la misión de la Iglesia. Hubiera sido útil mencionar en este cap. X la obligación de establecer en cada parroquia el consejo de asuntos económicos —evocada a propósito de la diócesis en el cap. VI—, con una configuración parecida a la del consejo diocesano.

Es notable el esfuerzo del profesor Marzoa para dar una clara y muy ordenada exposición de toda la materia referente a los delitos y penas canónicas. El esquematismo muy logrado no disminuye para nada el contenido de las prescripciones codiciales y de los problemas doctrinales que pueden levantar algunos temas, como es el caso de la excomunión. Como atenuante a lo que afirmamos, cabe señalar que no se destacan netamente cuáles son los casos de excomunión en el actual Código.

El profesor Labandeira hace, en el cap. XII, un tratamiento bastante amplio de la justicia administrativa —recurso jerárquico y recurso contencioso —administrativo—, trazando una breve síntesis histórica de la justicia administrativa y desarrollando las normas del Código y de la Constitución Apostólica *Regimini Ecclesiae Universae*.

En la presentación del Manual, el profesor Molano hace notar que el último capítulo sobre las relaciones entre la Iglesia y la comunidad política, fue iniciado por el profesor Lombardía cuando ya había ingresado en la clínica aquejado de una enfermedad de la que no se curaría. El profesor Ota-  
duy prosiguió esta tarea, basado en los diversos textos del que fue Maestro de muchos de los autores del Manual y de otros numerosos canonistas. Lombardía contribuía así, por última vez,

a una obra cuyos primeros pasos había impulsado en 1984. Era también un modo práctico de dedicación generosa, hasta el final, a su trabajo y a la cien-

cia canónica. Que esta recensión sea por ello un nuevo homenaje al siempre presente Maestro Lombardía.

DOMINIQUE LE TOURNEAU

SZTAFAROWSKI, Edward, *Podrecznik Prawa Kanonicznego*, Akademia Teologii Katolickiej, 4 vol., Warszawa 1985-86, 353+288+328+434 págs.

Edward Szafrowski es profesor de Derecho Canónico en la prestigiosa Academia de Varsovia, y autor de importantes obras, entre las que destaca el «Derecho Canónico en el período de la renovación conciliar» que, como su propio título indica, nació después del Concilio —siguiendo la estela de otros manuales de Derecho Canónico; recuérdese el de Petroncelli, *Il Diritto Canonico dopo il Concilio Vaticano II*, por ejemplo— con el afán de dar las primerizas valoraciones jurídicas a las aportaciones que el Concilio trajo a través de los distintos documentos, y en especial su decantación posterior en la legislación canónica. Todo este material era el que utilizó el autor en aquellos momentos.

El prof. Szafrowski nos ofrece ahora una nueva obra, en cuatro volúmenes, que lleva por título «Manual de Derecho Canónico». Aunque —como es lógico— su anterior manual le ha servido de base para la elaboración de este nuevo, las variaciones son abundantes tanto en concepción como en sistemática.

El autor resalta que, para descubrir en qué grado el actual Código es un reflejo de la doctrina del Concilio Vaticano II, es necesario tener en cuenta los documentos de éste así como la le-

gislación postconciliar. Ambos se consideran —con toda exactitud— fuentes de la vigente regulación canónica y, por tanto, es imprescindible atenderlas si se quiere llegar a una correcta lectura e interpretación del contenido de las normas. Junto a esto, Szafrowski apunta que la sistemática de su primera obra —«Derecho Canónico en el período de la renovación conciliar»—, es actualmente insostenible e inútil. Por ello, el autor adopta en su nuevo manual la misma sistemática del Código de 1983 —típica de las obras eminentemente exegeticas—; de aquí que en los cuatro volúmenes encontremos las divisiones ya conocidas de Libros, Partes, Secciones, Capítulos y Artículos.

Antes de seguir adelante, hemos de señalar que la obra de Szafrowski cobra, en Polonia, una especial relevancia e importancia; es más, en estos primeros años de vigencia del Código, su consulta es casi indispensable si se quiere tener una idea de conjunto del actual régimen jurídico. Aunque al mismo tiempo que se editaban los cuatro volúmenes de Szafrowski —los dos primeros en 1985 y los siguientes en 1986— hay en circulación otras obras también de gran relieve (así, por ejemplo, y sin ánimo de exhaustividad, en 1984 apareció el manual sobre derecho